

## XI

## CAREGGI

Por mas deseo que tuviese de bajar de Fiésole por el bello camino que habia llevado para subir á él, forzoso me fué contentarme con el camino antiguo. Quise ver la santa piedra, santificada por el martirio de San Romualdo y demas compañeros; la famosa villa Morzi donde debian ser asesinados Lorenzo y Julian, si hubiesen aceptado la comida que en ella se les ofrecia: los manantiales de Boccaccio que no corren no sé por qué causa; y en fin, las fuentes de Baccio Bandinelli que corren tan poco que no merecen la pena de que se hable de ellas. Allí fué donde mientras en frente de la posada de las *Tres Doncellas*, que todavía existe, esculpia aque-

llas dos cabezas de leon, Benvenuto Cellini vió á Panco, y le atemorizó tanto con sus amenazas, que fué preciso darle una guardia para que se decidiese á continuarlas.

Delante de la iglesia de Santo Domingo encontramos nuestro carruage, que habia descendido despacio por el camino de la Nobleza, y que nos aguardaba á la sombra del pórtico. En un instante estuvimos en la villa Palmieri, residencia encantadora que una antigua tradicion popular designa ser á la que Boccaccio se retiró durante la peste de Florencia con aquel brillante séquito de apuestos caballeros y bellas damas, que habia encontrado en la iglesia de Santa María la Nueva de Florencia, y los que unos despues de otros, bajo apacibles sombras, contaban las picantes novelas del Decameron.

Digo que una tradicion popular indica esta casa como el retiro de Boccaccio, teniendo en cuenta que no quiero tomar sobre mi la responsabilidad de una afirmacion: lo habia creido, es verdad, y esta creencia daba un aspecto mas pintoresco á la villa Palmieri, ya muy linda sin esa circunstancia. Pero esta tradicion ha dado que pensar á los sabios florentinos: han revuelto las bibliotecas, compulsado los registros, descifrado los manuscritos, y han concluido por descubrir que Boccaccio no estaba en Toscana en la época de la peste: Boccaccio estaba en Roma, dice uno, y en Venecia dice otro. Es verdad que Boccaccio dice positivamente que estaba en Florencia; pero segun todas las probabilidades, Boccaccio se engaña, y son los sabios los que tienen razon. No creais, pues, á los que os digan que la villa Palmieri es la villa del Decameron.

Decididamente es una raza muy poetica la de los sabios.

Al menos sobre el Careggi no hay duda. Allí es bien sabido que han muerto Cosme el Antiguo y Lorenzo el

Magnífico; que fué educado allí Leon X: así se puede visitar la villa Careggi con confianza, tanto mas, cuanto que hay detrereros en las habitaciones.

Careggi fué edificado por Cosme el Antiguo por los planos de Michellozzo Michellozzi: habia entonces en Italia una reaccion clásica, un furor de latin y griego, é hidrofobia de literatura nacional. Dante estaba proscrito segunda vez: era la suerte de aquel gran rey estar tan pronto reinando, tan pronto desterrado.

Los griegos venidos de Constantinopla, y las estatuas sacadas de las escavaciones de las ruinas romanas, habian obrado aquel milagro: despues de esto, las costumbres se corrompian poco á poco; la moral de la mitología era mas cómoda que la del Evangelio, y las aventuras de Leda, el rapto de Euterpe y la seduccion de Danae pintadas en las paredes de una alcoba, eran testigos menos severos de lo que pasaba allí que la Virgen al pie de la cruz ó el arrepentimiento de la Magdalena.

El anciano Cosme destinó, pues, el Careggi á ser el asilo de todos los sabios proscritos que buscaban un techo y pan. Al contrario de aquella aspera escalera del destierro de que habla Dante, la que se les presentaba era de fácil y suave subida, y Cosme murió cargado de años y de bendiciones, despues de haber dado á la pintura y á la escultura el impulso pagano que cambió una y otra, y que las ha hecho magníficamente copistas en lugar de ser santamente originales.

Lorenzo heredó las riquezas y el gusto de su padre: aun mas, Lorenzo tuvo mayor amor á la antigüedad: Lorenzo hizo muy lindas composiciones paganas, que jamás se hubiera permitido el severo aritmético de la via Larga. Lorenzo reunió á su alrededor todos los helenistas y todos los latinistas de su época, los Crusolao

Barbaro, los Angel Politien, los Pico de la Mirandola, los Marsilio Ficino, los Miguel Mercati: Lorenzo, en fin, resucitó en la villa Careggi las sesiones del jardin de la Academia, y uno de sus académicos, habiendo descubierto que el 17 de Noviembre de cada año los discipulos de Platon celebraban en Atenas el nacimiento de aquel gran filósofo, instituyó un aniversario semejante, que se celebró todos los años en la villa Careggi, con abundancia de iluminaciones, de músicos y de discusiones filosóficas.

Estas discusiones versaban principalmente sobre la inmortalidad del alma, ese eterno objeto de discusion; y los que mas se engolfaban en aquel abismo psicológico, eran casi siempre Marsilio Ficino y Miguel Mercati; tanto que un dia, desesperando de saber nada cierto sobre semejante materia mientras viviesen, hicieron la promesa positiva de que el primero de los dos que muriese vendria á dar al otro noticias de su alma. Convenido este punto, quedaron los amigos mas tranquilos.

Pero el primero que debia profundizar este gran misterio era Lorenzo el Magnífico. Una mañana se sintió de repente muy indispuesto por una gran fiebre complicada con un ataque de gota: estaba entonces en su palacio de la via Larga; partió al punto para su linda villa de Careggi, llevando consigo un médico de gran reputacion que se llamaba Pedro Leoni, de Spoleto.

Este veia toda una fortuna curando al Magnífico. Declaró que el enfermo padecia una indisposicion especial que debia tratarse con infusiones de perlas y compuestos de piedras preciosas. Se abrieron para el empirico los tesoros de Lorenzo: se engolfó en ellos, lo que no impedia que Lorenzo fuese de mal en peor; viendo lo cual el Magnífico comenzó á olvidar el Olimpo con sus doce grandes dioses, á Platon, á Zenon y á Aristóteles,

para hacerse leer el Evangelio y pensar algo en su salvacion.

Pero haciendo pequeñas composiciones al rio Ombro-ne, encargando estatuas á Miguel Angel, dando fiestas en honor de Platon, Lorenzo el Magnífico habia hecho ó dejado hacer una gran porcion de cosas que no dejaban de gravar su conciencia, y hasta tal punto, que en el momento de morir pensó en un santo hombre á quien habia olvidado demasiado durante su vida, ó en el que no habia pensado sino para reirse de él con los espíritus fuertes que le rodeaban. Este hombre era el dominico Gerónimo Savonarola.

Así Lorenzo vaciló largo tiempo en enviarle á buscar, porque con este hombre era sobre todos con quien mas sentia confesarse. Nuestros lectores le conocen ya : era políticamente un republicano severo que hubiera querido volver á Florencia á las costumbres del siglo XII : era religiosamente un monge ascético que pasando su vida en el ayuno y en la oracion, no prometia ser mas suave para los demas que lo era consigo mismo. Desde la soledad de su claustro habia seguido á Lorenzo en la doble corrupcion artistica y social que habia infiltrado en Florencia, y desde los repliegues de su genio veia en el porvenir la Italia conquistada, y á Florencia esclava. He aquí el hombre que, en el momento de morir enviaba, Lorenzo á buscar.

El monge llegó grave y sombrío, porque conocia muy bien que iba á pasar entre Lorenzo y él una de esas escenas de que depende no solo la pérdida ó la salvacion de un alma, sino tambien la esclavitud ó la libertad de una nacion. Lorenzo se estremeció al sentir sus sandalias ; despues hizo pasar á una habitacion inmediata á la suya, es decir, en la cámara donde habia muerto su padre Cosme el Antiguo, á Politien y Pico de la Mirando-

la que conversaban á la cabecera de su cama. Apenas salieron por una puerta, otra se abrió y entraba el monge.

Se aproximó Savonarola al lecho del moribundo, fijando sobre él su penetrante mirada, y en aquella mirada Lorenzo leyó como en un libro todo lo que pasaba en el corazon del monge.

— Padre mio, dijo, os he enviado á buscar, habiendo sido tocado de la gracia de Dios y no queriendo recibir la absolucion sino de vos.

— Yo no soy mas que un pobre fraile, respondió Savonarola, pero es á uno mas pobre aun que yo á quien el Señor ha dicho : Lo que desatares en la tierra será desatado en el cielo.

— ¿ Puedo, pues, esperar que el cielo me perdonará, padre mio? preguntó Lorenzo.

— Sí, el cielo te perdonará, dijo el monge ; sí, salgo garante de su misericordia, pero con tres condiciones, óyelo bien, Lorenzo,

— Y esas tres condiciones ¿ cuáles son? preguntó el moribundo.

— La primera es que harás tu profesion de fé antes de morir.

— ¡ Oh! eso voluntariamente, padre mio, exclamó Lorenzo, y sed testigo y garante de que muero en la religion católica, apostólica, romana.

— La segunda, continuó Savonarola, es que volverás todos los bienes que en tus banquetes y con tus usuras hubieses ganado ó secuestrado.

Lorenzo vaciló algunos instantes ; despues, haciendo un esfuerzo sobre sí mismo :

— Pues bien, dijo, se hará como lo deseais, padre mio ; yo no tendré tiempo de hacer por mí mismo esta

restitucion, pero dejaré dispuesto se haga despues que yo falte.

— La tercera, continuó el entusiasta, la tercera es que devolverás la libertad á Florencia y volverás á poner la república en el mismo estado de independencia en que tu padre la encontró.

El rostro del moribundo se contrajo de un modo terrible : despues, sobreponiéndose á todo temor :

— ¡ Jamás, exclamó Lorenzo, jamás ! Será de mi alma lo que Dios quiera, pero no destruiré con una sola palabra la obra de tres generaciones : los Médicis serán duques de Florencia.

— Está bien, dijo el profeta, ya sabia yo de antemano lo que tú me ibas á responder : está bien, muere condenado, y que las cosas resueltas en la sabiduría de Dios se cumplan en la tierra como en el cielo.

Y salió sin añadir una sola palabra á su amenaza, y sin que por su parte hiciera Lorenzo un gesto para llamarle.

Cuando Politien y Pico de la Mirandola volvieron á entrar en la cámara del moribundo, le encontraron teniendo entre sus manos un Cristo ricamente esculpido que acababa de descolgar de la pared, y al que besaba los pies en las contracciones fuertes de la agonía.

Dos horas despues Lorenzo habia muerto, sin que hubiese hecho otra cosa que orar desde el momento en que Savonarola le habia dejado, hasta el momento en que habia exhalado su último aliento.

Un asesinato singular siguió á esta muerte. Hemos dicho que Lorenzo tenia por médico á un tal Leoni Spoleto. Apenas se esparció el rumor de que Lorenzo acababa de espirar, cuando el médico, temiendo se le rogase alguna mala partida, intentó huir : pero ya ha-

bían circulado terribles sospechas sobre él, y á una palabra de Pedro de Médicis, hijo de Lorenzo, los servidores del Magnífico se arrojaron sobre aquel desgraciado y le echaron á un pozo.

La muerte de Lorenzo fué una señal de duelo para toda la Italia. Maquiavelo, á quien no se acusará de entusiasta por los poderosos de este mundo, la mira como la señal de las desgracias que debian suceder, no solo á Florencia, sino á la Italia entera, y como Virgilio, en tiempo de los Césares, refiere los prodigios que la acompañaron.

Uno de aquellos prodigios, el mas maravilloso de todos, es sin contradiccion el que vamos á decir, y que se atestigua por el relato de los que le presenciaron, y por una fecha anterior á los sucesos que predecia.

Lorenzo tenia por amigo de su casa á un tal Cardiere, músico é improvisador, á quien hacia ordinariamente ir por la noche cuando estaba acostado, y que le distraia cantando acompañado de su laud. Este hombre tenia entrada á todas horas con el Magnífico ; pero cuando la enfermedad del Magnífico tomó un carácter serio, se habia alejado de él, aquel hombre á quien miraba como un bufón. La noche siguiente á la en que murió Lorenzo. Cardiere estaba acostado, cuando oyó abrir la puerta de su cuarto y vió venir á un espectro que reconoció ser la sombra de Lorenzo : estaba vestido de negro, con el rostro triste y su manto desgarrado. Cardiere, atemorizado, abrió la boca ; pero el espectro le hizo seña de que se callara, y con una voz lenta y sorda, que, sin embargo, el músico reconoció perfectamente ser la de su amo, le mandó fuese á prevenir á Pedro, su hijo, que amenazaban grandes desgracias á él y á su familia, y que entre otras debia prepararse á un próximo destierro : despues, hecha esta recomendacion, se des-

vaneció el espectro sin que Cardiere pudiese ver por donde había desaparecido.

El pobre improvisador se hallaba en una posición singular: conocía á Pedro por un jóven de un carácter brutal, y podía suceder, que si no le agradaba el aviso, le enviara á reunirse con Leoní, de Spoleto. Así, habiendo pesado todo, y reconociendo que tenía todavía mas miedo á los vivos que á los muertos, resolvió á lo menos hasta nueva orden, guardar el aviso para sí. Por lo demás, al cabo de algunos días y de buena voluntad, Cardiere había llegado á creer que había sido víctima de alguna ilusión de los sentidos y que la pretendida aparición jamás había existido sino en su imaginación.

Pero no debía quedar esto así para Cardiere: una noche su puerta se abrió de nuevo: el espectro avanzó con su callado paso, y despues con la misma voz lenta y sombría, pero con el fuego de la cólera en sus ojos, le repitió la misma predicción y le renovó la misma orden. Pero esta vez, y para que el improvisador no tomase lo que veía por un juego de su imaginación, añadió el espectro al encargo un vigoroso bofetón: despues de lo que, como la primera vez, el espectro pareció disolverse y desaparecer en humo.

Esta vez Cardiere resolvió no andar en bromas con su antiguo amo: pasó la noche rezando, y llegado el día, fué á casa de Miguel Angel Cnonarotti, que era en aquella época un jóven de diez y siete años, y como sabía que Lorenzo tenía una grande amistad con él, y que este por su parte conservaba un gran reconocimiento á Lorenzo, le contó lo que había pasado. Miguel Angel le dió el consejo que fuese á referírselo todo á Pedro de Médicis.

Cardiere estaba en Florencia: salió al punto de la ciu-

dad, y tomó el camino de la villa Careggi. A mitad del camino vió venir una cabalgata compuesta de damas bellas y señores jóvenes, en medio de los cuales reconoció á Pedro de Médicis. Entonces se adelantó el jóven hácia él, diciéndole que si quería concederle un instante aparte, tenía cosas de la mas alta importancia que comunicarle. Pero Pedro de Médicis creyendo que sería para suplicarle que le conservase consigo con el mismo título y bajo las mismas condiciones que había estado con su padre, le dijo que hablase alto, puesto que no tenía secretos para la honorable compañía con que se encontraba. Cardiere insistió entonces con todo el respecto posible; pero como viese que la cólera asomaba al rostro de Pedro, y que éste le mandaba con aspereza que dijese alto todo lo que tenía que decir, entonces no vaciló, y refirió las dos apariciones tal como se habían verificado, así como las profecias del espectro. Pero estas profecias no produjeron otro resultado que hacer reír á carcajadas á Pedro y su comitiva, y Bernardo Dovizis, que despues fué el cardenal Bibbiena, pensando que toda esta historia no era sino una invención de Cardiere para darse importancia, le preguntó como era que Lorenzo en lugar de aparecerse directamente á su hijo, había escogido para su intermediario un miserable tañedor de laúd como él. Cardiere respondió que el hecho era demasiado inexplicable, para que él tratase de buscar una esplicación: que había dicho la verdad, que Pedro podía creer ó no, y en uno ú otro caso obrar como mejor le pareciese.

Pedro de Médicis continuó su camino, diciendo á Cardiere que le agradecía su cuidado, y que tomaría en consideración un aviso que le venía por embajador tan recomendable.

Pero, como se comprende bien, Pedro de Médicis

olvidó en la misma noche, en una de las orgías que le eran tan habituales, la recomendación y al que la había hecho.

Cuatro años después se cumplió la predicción del Magnífico. Carlos VIII atravesó los Alpes, y Pedro de Médicis y su familia fueron espulsados de Florencia, á donde no volvieron hasta el duque Alejandro.

Pero no es esto todo: puesto que hemos vuelto á estos recuerdos, volvamos á tomar la historia de Miguel Mercati y de Marsilio Ficino donde la dejamos.

Los dos amigos, se recordará, que después de una larga y profunda discusión sobre la inmortalidad del alma, se habían prometido que el primero que muriese vendría á dar al otro noticias de la muerte. Marsilio Ficino fué el primero que pagó el tributo á la humanidad: murió en 99 en la villa Careggi, donde tenía costumbre de habitar, aun después de la muerte de Lorenzo.

Durante este tiempo, Miguel Mercati estaba en San Migniato-al-Monte, donde estaba acabando un trabajo que le tenía ocupado hacia tres años.

Mas, la noche misma de la muerte de Marsilio Ficino, como velase á la luz de una lámpara encorvado sobre su manuscrito, oyó el galope de un caballo que iba sin cesar aproximándose. Llegó delante de la casa que él habitaba, paró el golpe, después oyó tres golpes dados á intervalos iguales con el llamador de la puerta; y á su pesar á este ruido inesperado, se estremeció todo su cuerpo.

Entonces, conmovido de temor, y sin saber de qué procedía aquella emoción, fué á abrir su ventana, y vió á la puerta un caballero parado: estaba montado sobre un caballo blanco, envuelto en su mortaja como

en una capa y tenía la cabeza levantada aguardando á que Miguel Mercati abriese la ventana.

Abierta la ventana, gritó el caballero tres veces: — ¡Ella existe! ¡ella existe! ¡ella existe! después volvió á partir al galope, y desapareció por el extremo de la calle opuesto á aquel por donde había venido.

Era la sombra de Marsilio Ficino que iba á cumplir su promesa y anunciar á Miguel Mercati que su alma era inmortal.

Hoy, aunque separado del dominio de la corona, y perteneciendo á un simple particular, Mr. Orsi, la villa edificada por Cosme el Antiguo, la casa favorita de Lorenzo el Magnífico, la Academia platónica del siglo xv, se conserva con religioso respeto en su antigua distribución. A mano izquierda, entrando bajo el impluvium, que en su amor á la antigüedad Cosme había hecho edificar todo alrededor del patio interior, está el pozo donde se precipitó ó mas bien donde precipitaron al desgraciado Leoni de Spoleto. En el primer piso, á la derecha del gran salón, está la habitación donde después de la escena que hemos referido con Savonarola, espiró Lorenzo el Magnífico; la cámara que sigue es donde murió su abuelo Cosme el Antiguo: en fin, el terrado rodeado de columnas, y con el techo lleno de frescos del gusto de las logias del Vaticano, es en el que se reunía la Academia platónica, y donde el espléndido huésped celebraba, rodeado de Pelitien, de Pico de la Mirandola, de Ermolao Bárbaro, Miguel Mercati y Marsilio Ficino, el aniversario del nacimiento del filósofo de que habían hecho sus dios.

A la entrada del jardín hay dos estatuas de enanos, cuyos originales estaban sin duda, con el tañedor de Laud Cardiere, destinados á distraer la docta asamblea: el uno está subido sobre un caracol, el otro cabalga

sobre un buho: los dos son repugnantes con su gruesa cabeza unida á su cuerpo pequeño por un cuello que parece no tener fuerza para sostenerla.

El jardín con sus calles de árboles en mosaico, representando una caja, de cuando en cuando interrumpidas por escudos cargados de bolas rojas de los Médicis, ha conservado su clásico dibujo y su forma académica. A su estremidad hay dos bosques de laureles frondosos, en el espesor de los cuales se han practicado especies de salas de verdura, refrescadas por fuentes: es verdad que en los grandes calores del estío las desgraciadas náyades sufren la ley comun á las diosas de la aguas etruscas, sus manantiales se secan, y no tienen mas agua que aquella con que el jardinero las socorre con abundancia de cubos y regaderas.

Este jardinero, que lleva el nombre bucólico de Nicoletto, es un descendiente del jardinero de Lorenzo de Médicis.

La villa Careggi, toda amueblada, con sus ricos recuerdos, una vista magnífica que domina á Florencia, y una brisa siempre fresca, aun en medio del estío, se alquila en 100 cequies, es decir, en 1,200 francos al año.

## XIII

## POGGIO Á CAJANO

Poggio á Cajano está situado á diez millas de Florencia en el punto mas culminante del camino que conduce á Luca, de suerte que sus tres fachadas ofrecen tres vistas encantadoras, la una sobre Florencia y las casas de campo que le rodean; la otra sobre las montañas y los pueblecitos de que están sembradas, y la tercera, en fin, sobre Prato-Pistoja-Sexto, y todo el valle del Arno inferior.

Poggio á Cajano fué edificada por Lorenzo el Magnífico, de quien, á propósito de Careggi, hemos contado sus gustos clásicos y su extraño fin. Habia comprado el terreno de la casa Cancellieri de Pistoja, casa famosa

en las contiendas civiles de la Italia. Las ruinas que sacó para echar los cimientos de la villa actual, eran, según se asegura, los restos de un castillo edificado por la familia romana de los Cayos. De ahí el nombre de rus Cajanum que había llevado al principio, de villa Cajana que recibió en seguida, y de Poggio á Cajano, que la dió definitivamente su último propietario.

Lorenzo el Magnífico, seducido por la posición deliciosa del terreno, quiso hacer de Poggio á Cajano su residencia favorita: hizo ir á su lado lo que entonces se conocía mejor de pintores y arquitectos, y á cada uno le pidió un plan: el de Giulano Giamberti, llamado mas comunmente San Gallo, prevaleció: únicamente Lorenzo quiso que se apropiase una escalera exterior cuyo diseño correspondía á Etienne de Ugolino, pintor sueco, el cual había hecho que se pudiese subir á caballo hasta lo alto de la escalera. No fué esto solo: Lorenzo quiso que el techo del salón, en lugar de ser plano, se hiciese en círculo, lo que hacia mucho mas difícil su latitud y longitud; pero como San Gallo edificaba entonces para sí una casa en Florencia, intentó por su propia cuenta una bóveda parecida, y habiendo tenido un éxito completo, emprendió al punto la del salón de Poggio á Cajano, que terminó felizmente, como se puede ver. Mas tarde, y despues de la muerte de Lorenzo, Leon X hizo ejecutar en este salón los magníficos frescos del Franciabigio, del Pontormo y de Andrés del Sarto, que se admiran todavía hoy, y que no tienen mas defecto que representar alegorias ú objetos de un interés muy mediano.

Apenas Poggio á Cajano fué edificada, cuando Lorenzo el Magnífico fué allí con toda su corte de poetas, de doctores y de filósofos, y se entregó mas que nunca á sus reuniones académicas y á sus discusiones platónicas.

nicas. Bien pronto se presentó una ocasión á Lorenzo de desahogar su nùmen poético-mitológico. Uno de esos arroyuelos que han decorado con el nombre de rios en Italia, y que despues de haber sido arena húmeda en el estío, se convierten en terrenos fangosos en el invierno, atravesaba los jardines de Poggio á Cajano, En medio de su curso se elevaba una encantadora isleta muy embellecida por los cuidados de Lorenzo, á la que por los meses de Octubre, Noviembre y Diciembre, se iba en lancha, y en Junio, Julio y Agosto se visitaba tranquilamente á pie enjuto. En fin, cualquier cosa que fuesen, rio ó isla habían recibido cada uno un nombre de los mas armoniosos: el rio se llamaba Ombrone y la isla se llamaba Ambra.

Una mañana no se encontró la isla. Había llovido mucho durante la noche: el Ombrone había crecido, y creciendo se había llevado, no se sabe donde, la pobre Ambra. Se la buscó largo tiempo, no se la encontró, y nunca despues ha vuelto á aparecer.

Era, como se ve, un magnífico objeto para una bucólica: así el arcade, Loronzo, no la dejó escapar. La isla fué trasformada en ninfa moradora de los bosques, el Ombrone en sátiro lascivo: treinta versos se consagraron á la esposición, cincuenta á la lucha del Pudor contra la Lujuria, diez á una invocación á Diana, veinte á la metamorfosis de la pobre Ambra en roca, y cuatro á los remordimientos del rio raptor; y la Italia, como se dice en estilo de la Crusca, se enorgullecó con un poema mas.

Lorenzo murió, ya hemos dicho cómo; probablemente por su hijo Pedro, á quien urgia hacerse arrojar de Florencia como un infame que era. Poggio á Cajano quedó en la familia de los Médicis; pero la familia de

los Médicis estaba desterrada: es decir que Poggio á Cajano quedó vacía.

Cuando Carlos V pasó en 1536 de Nápoles á Florencia para asegurar mejor el poder del duque Alejandro que acababa de desposar con su hija natural Margarita de Austria, se detuvo un día en Poggio á Cajano. Durante aquel día se ocuparon en mostrarle todas sus bellezas; nada se le dejó de enseñar: ni el cielo abovedado de San Gallo, ni los frescos del Pontormo y de Andrés del Sarto, ni los jardines, ni el Ombrone, ni el sitio donde estaba la Ambra. Despues, en el momento de su partida, como parecia que miraba todas las cosas con el mas grande interés, le preguntaron qué cosa le habia llamado mas la atencion entre todas aquellas maravillas:

— Que las murallas de esta casa son bastante fuertes para un simple particular, respondió el emperador.

Tres años despues, las puertas de Poggio á Cajano se abrieron para un hombre que hubiese sido otro Carlos V si hubiese habido dos imperios. Este hombre era Cosme I, elevado al trono á la muerte de su primo Alejandro: hizo allí una parada de cinco dias con su jóven esposa Leonor de Toledo, con quien acababa de desposarse en Pisa. Aquellos cinco dias se pasaron en continuas fiestas, de las que fué la reina la nueva desposada; despues entró ella en Florencia por la Porta-al-Prato, la misma por la que, veinte y tres años despues, debia volver á entrar su féretro entre el féretro de sus dos hijos.

Recuérdese lo que hemos contado del cardenal Juan, muerto á manos de su hermano, de don García asesinado por su padre, y de Leonor de Toledo dejándose morir de hambre entre los cadáveres de sus dos hijos.

Despues murió Cosme I, y Poggio á Cajano fué el

testigo, si no de nuevas fiestas, á lo menos de nuevos placeres. El gran duque Francisco, de amorosa memoria, iba allí frecuentemente con Bianca Capello: allí fué donde el 7 de Octubre el gran duque y la gran duquesa dieron al cardenal Fernando aquel banquete de reconciliacion á consecuencia del que murieron los dos esposos. Hemos ya referido esta escena en otra parte; asi, como se nos pudiera acusar de repetir, nos tomaremos la libertad de remitir á nuestros lectores á *Un año en Florencia*, donde encontrarán el hecho referido con los detalles mas minuciosos.

Algun tiempo antes, Poggio á Cajano habia sido testigo de un suceso no menos trágico: habiendo envenenado Bianca Capello, que estaba acostumbrada á ello, al único hijo que Francisco habia tenido de su muger Juana de Austria, por el intermedio de una judía que estaba con el niño, el gran duque despues de haber hecho confesar á la judía el crimen que habia cometido, la dió de puñaladas por su propia mano.

Estos dos sucesos causaron, como se comprende, cierta prevencion contra la villa de Lorenzo el Magnifico. Así, cerca de medio siglo se pasó sin que el nombre de Poggio á Cajano fuese pronunciado por la historia: cuando reapareció, los tiempos habian cambiado, la época se convertia en comedia: hemos visto ejecutar allí un acto de Shakspeare: vamos á ver representarse allí una escena de Moliere.

He referido las aventuras del desgraciado Cosme III, y como fué atormentado en su familia por aquella extravagante Margarita de Orleans, que no estaba tranquila sino cuando el príncipe Carlos de Lorena pasaba por casualidad á Florencia, pero que desde que marchaba, volvía á empezar sus locuras, corria por las tierra labradas para provocar el aborto, y se alis-

taba con los bohemios antes que quedar con su esposo en el palacio Pitti. En fin, el escándalo llegó á ser tan grande que Luis XIV y el gran duque Fernando intervinieron y enviaron á la recalcitrante princesa desterrada á Poggio á Cajano, esperando que la soledad la haría tener reflexion.

Desgraciadamente Margarita de Orleans poseía uno de esos encantadores caracteres, tanto mas curiosos de estudiar, cuanto que son, quiero creerlo así, bastante raros entre las mujeres, pero que gracias á los cuales las que los poseen pasan su vida no solo en atormentarse, para lo cual estan en su derecho, sino atormentando á los demás, lo que traspasa los límites del derecho comun. Así como la dulzura no había podido nada sobre la jóven duquesa, se comprende que la severidad fracasaria. Margarita de Orleans, había sido hasta entonces mala, voluntariosa y caprichosa, despues fué loca; y cuando su marido y su suegro fueron á visitarla para asegurarse por sí mismos del efecto producido, amenazó al pobre Cosme con tirarle á la cabeza lo que tuviese en la mano si tenía la desgracia de presentarse delante de ella. Cosme, que no era valiente, se puso en salvo como si le persiguiese el diablo, y volvió al palacio Pitti con el gran duque Fernando.

Tres ó cuatro meses se pasaron durante los cuales Margarita permaneció en Poggio á Cajano trastornando todo, raspando las pinturas, rompiendo los muebles, destrozando los jardines, haciendo desesperar á sus servidores. En fin, á lo mejor, se tranquilizó de repente, su rostro volvió á tomar el carácter de afabilidad y de buen humor que tan bien le sentaba. Pidió al duque Fernando una entrevista que él la concedió al punto, y en aquella entrevista espresó ante su suegro tanto pesar por las locuras pasadas, le hizo tan hala-

güeñas promesas respecto al porvenir, le comprometió tan formalmente á hacer olvidar al pobre Cosme aquella fruicion anticipada del infierno que le había proporcionado en este mundo, que Fernando se dejó engañar, y prometió obtener de su hijo que la perdonase. Cosme, que era la bondad personificada, no solo hizo lo que su padre le pedía, sino que corrió en persona á buscar á la desterrada á Poggio á Cajano, y la condujo gozosísimo á Florencia.

A la mañana del dia siguiente, el principe Eugenio de Lorena vino á hacer una visita á su primo Cosme III y estuvo tres meses alojado en el palacio Pitti.

Durante aquellos tres meses, Margarita de Orleans estuvo de un humor encantador; no se hubiera podido comprender que aquel ángel de dulzura fuese el demonio que hacia tres ó cuatro años, causaba la turbacion en la familia, todos se felicitaban de este cambio, cuando, habiendo transcurrido los tres meses que el principe Carlos de Lorena debía pasar en Florencia, el jóven principe partió despues de despedirse de sus huéspedes.

Ocho dias despues, Margarita de Orleans había vuelto á ser un diablo, y el palacio Pitti un infierno.

Poggio á Cajano había producido tan buen efecto en la primera crisis, que se resolvió apelar al mismo remedio en la segunda: volvieron á enviar á Margarita á las márgenes del Ombrone, y la invitaron á buscar en medio del silencio de sus riberas las sabias reflexiones que la habían corregido la primera vez.

Desgraciadamente las cosas habían cambiado: el principe Carlos de Lorena había vuelto á Francia: Margarita de Orleans resolvió hacer tanto y tan bien, que la enviasen á reunirse con él.

Entonces las extravagancias volvieron á comenzar,

pero como el jóven gran duque parecia fijar poca atencion en ella, le obligó Margarita á ocuparse de ella escribiéndole : remitió, pues, un dia á su chambelan la carta siguiente, encargándole llevarla al palacio Pitti, y entregarla al duque Cosme en su mano :

« He hecho lo que he podido hasta ahora por captarme vuestra amistad, y no he podido lograrlo, por mas que yo haya sido tan complaciente con vos, como altivo os habeis mostrado conmigo. Hace mucho tiempo me esfuerzo por todos los medios posibles en soportar ese desprecio sin quejarme, pero mayor paciencia me es imposible tener, y he aqui por qué tomo una resolucion que no deberá sorprenderos, si reflexionais sobre los malos tratamientos que me haceis sufrir hace once años. Os declaro, pues, que no puedo vivir mas con vos : haceis mi desgracia y yo la vuestra. Os ruego en consecuencia, consintais en una separacion que llevará la calma á vuestra conciencia y á la mia. Os enviaré mi confesor, á fin de que se entienda con vos, y aguardaré aqui las órdenes del rey, á quien he suplicado me permita entrar en un convento en Francia : gracia que os pido á vos mismo; prometiendo, si teneis á bien concedérmelo, olvidar enteramente lo pasado. No os inquieteis por mi conducta en lo venidero; mi corazon es lo que deber ser; es decir, bastante noble para que no podais recelar cosas indignas de vos y de mí; porque yo tendré siempre delante de los ojos el amor de Dios y el honor del mundo. Os propongo esto, porque creo que es el medio mas seguro de volvernos la calma y la tranquilidad á los dos para todo el resto de nuestra vida.

« Os recomiendo nuestros hijos. »

Esta carta desconcertó al duque Cosme : era difícil hallar mayor imprudencia dirigiendo una determinacion

mas escandalosa. Intentó, pues, todavia por todos los medios atraer hácia sí á la duquesa, pero viendo que no podia conseguirlo, consintió en su demanda, la hizo volver á conducir á Marsella, la aseguró una renta vitalicia de 80,000 francos, y conforme á su peticion, la autorizó á entrar en el convento de Montmartre.

La princesa Margarita habia creído que su compromiso de vivir en un convento, llegada á Francia, no seria mas que una obligacion de la que se libraria fácilmente : admiróse, pues, mucho cuando recibió á la vez de Florencia y de Versalles, de Cosme III y de Luis XIV, la órden espresa de estar lejos de la córte y vivir en el retiro mas absoluto. No era eso lo que habia creído la gran duquesa. Asi, cansada prontamente de la vida del claustro pidió la dejasen ir á vivir con su hermana, que habitaba el palacio del Luxembourg : esta peticion le fué rehusada.

Entonces se ocurrió á la princesa una idea muy sencilla y que se admiró de no haber encontrado antes.

Fué la de incendiar el convento.

Las tres cuartas partes de la abadía padecieron; pero este accidente solo dió algunos dias de libertad á la pobre reclusa, la cual se aprovechó de ella para dirigir á su marido la despedida siguiente. Los aficionados á novelas en cartas nos agradecerán, así lo esperamos, estos dos fragmentos del estilo epistolar de la hija de Gaston de Orleans.

« Decididamente, no puedo sufrir vuestras extravagancias : haceis todo lo que podeis contra mí cerca del rey Luis XIV : me prohibis ir á la córte, y haciéndome esta prohibicion no solo empeorais mis negocios y los vuestros, sino que perdeis el porvenir de vuestros hijos. Me poneis en tal estado de desesperacion, que

no pasa día que no desee, no solo veros morir, sino veros perecer ahorcado. A tal estado de perpetuo furor me habeis conducido, que no me atrevo á recibir los sacramentos; sereis la causa de que me condene, y mi condenacion acarrera la vuestra, porque el que pierde un alma no puede ni debe esperar salvar la suya. Pero en medio de todo esto, lo que me causa mayor disgusto no es precisamente ir al infierno, sino ir en vuestra compañía; lo que hará que despues de haber tenido el tormento de veros en este mundo, tendré todavía el de veros en el otro. Si en lugar de oponeros á todas mis súplicas, me hubiéseis dejado retirarme tranquilamente al Luxemburgo con mi hermana, que es una santa (1), me hubiera entregado dulcemente á la devoción, lo que me hubiese sido fácil, porque yo comenzaba á hacerme instruir en las obligaciones que tenemos hácia Nuestro Señor Jesucristo; y tanto, que durante el viage que hice á Alençon con mi hermana, habia yo casi tomado la resolucion de profesar en una casa de caridad; porque, y á cualquiera que preguntéis os lo dirá, durante este viage, y todo el tiempo que permanecí en aquella ciudad, pasaba las mañanas cuidando enfermos, y el resto del día visitando á las religiosas de la Caridad, haciendo lo que ellas hacian, sin disgusto y sin cansancio. Pero hoy todo ha cambiado: no quiero pensar en hacer el bien, sino en arrojarme en el mal, y tanto me desesperais, que conozco no tendré un instante de reposo mientras no me vengue. Cambiad, pues, de conducta con respecto

(1) Se refiere aqui á la señorita de Montpensier llamada la gran Madamisela, querida de Lauzun. Lo advertimos á nuestros lectores, que acaso no la hubieran reconocido bajo el epíteto de santa que la da su hermana.

á mí; es tiempo, os lo prevengo, porque si debiese yo sellar un pacto con el diablo por volveros loco de rabia, le firmaria: todas las locuras que una mujer puede hacer, y que, á pesar de todo su poder, no puede evitar un marido, las haré. Asi, creedme, escribid pura y simplemente al rey que no quereis ya ocupares ni de mi, ni de lo que yo haga; dejadle gobernarme á su manera sin intentar gobernarme á la vuestra, y abandonad todo lo que yo haga á S. M. y á su prudencia: si haceis esto, os prometo intentar volver á ponerme bien con Dios; pero si no lo hicieseis, esperad recibir prontas noticias de mi cólera y de mi venganza, porque, ya lo veis, someterme á vos jamás hay que pensar en ello. Creéis, segun me han dicho, volverme á llevar á Florencia: si habeis concebido esta esperanza, os aconsejo la desecheis; eso no se efecturá, y si se efectuase, desgraciado de vos, porque os juro que no perecereis á otras manos que á la mias. Podeis, pues, en ese caso prepararos á viajar al otro mundo, y muy contento. Asi, creedme, no cambiéis nuestra situacion respectiva sino para mejorar la mia de la manera que os he dicho, á fin de que cuando murais, lo que, dicho sea de paso, no puede tardar mucho tiempo, ruegue á lo menos alguna vez por vuestra alma, y pueda asegurar cerca del rey el porvenir de vuestros hijos, á quienes habeis arruinado. Por tanto, bastante os digo; porque queriendo impedirme marchar de través, seré yo quien os haga caminar derecho; y os semejareis á aquellos que van á dar una cerradura y en lugar de darla la reciben. Ahora estais ya advertido, lo demas es negocio vuestro y no mio. Por lo que hace á mí, nada tengo ya que perder en lo sucesivo, habiendo hace mucho tiempo desesperado de todo.»

Las esperanzas de Margarita se frustraron, porque

Cosme III vivió todavía cuarenta y dos años despues de esta carta, y su mujer fué la que le precedió dos años en el sepulcro.

Hemos referido mas arriba como habiendo estendido Dios la mano sobre los Médicis para indicarles que habian reinado bastante: el desórden, el libertinage y la esterilidad se apoderaron de aquella desgraciada raza. Fernando, hijo de Cosme III, casó con Violante Baviera; pero como al cabo de algunos años se conoció que la princesa no podia ser madre, su marido se disgustó de ella, y para separarse fué á habitar á Boggio á Cajano. Allí reunió favoritos y queridas, y entre esos favoritos y esas queridas habia un soprano y una prima donna á quienes preferia particularmente: el soprano se llamaba Francisco de Castres, y la prima donna, que era una bella y jóven cantante veneciana, se llamaba Victoria Bombagia.

Entonces, en lugar de ser testigo de las catástrofes que terminaron el reinado de Francisco I, ó de las desavenencias conyugales que desolaron el de Cosme III, Poggio á Cajano, volvió á ser, como en los tiempos de Lorenzo el Magnífico y de Cosme I, un lugar de placeres y de fiestas: todos los dias habia bailes, conciertos y espectáculos; desgraciadamente todos estos placeres separaban mas y mas al gran duque Fernando de su mujer. Fernando resolvió hacer todo lo posible para poner fin á esta situacion, escitado diariamente por las celosas quejas de Violante de Baviera.

Una idea ocurrió entonces al gran duque, no se sabe quien se la sugirió; era poner en pugna á los dos favoritos y destruir si era posible al uno por el otro.

Lograrlo no era difícil; hay una manzana de discordia que arrojada en medio de los artistas jamas deja de producir su efecto: es el amor propio herido. El gran

duque se condujo de modo que durante tres ó cuatro conciertos y dos ó tres representaciones teatrales, la Bombagia fué aplaudida y Francisco de Castres silbado. Como debia suceder naturalmente, el soprano acusó de intriga á la prima donna; y un dia que estos dos importantes personajes comian en la misma mesa, trabando disputa sobre su talento respectivo, y habiendo dicho la Bombagia una palabra pícante á Castres este le arrojó al rostro un pan de tres ó cuatro libras que tenia al lado. A este insulto, como puede suponerse, la cantante dejó la sala, y corrió con la cara cubierta de lágrimas y sangre á arrojarle á los pies de Fernando, que viéndola en tan deplorable estado, la prometió una pronta venganza. Despues la rogó que se retirara á su habitacion; y fingiéndose ignorante de todo, obligó, una hora despues de las escenas que hemos contado, á que se le presentase el culpable, y sin dejarle sospechar la cólera que contra él abrigaba, le entregó una carta que le mandó llevase inmediatamente á su primer chambelan Torrigiani, que estaba en Florencia en el palacio Pitti. El soprano que ignoraba la comision de que estaba encargado, partió al punto sin sospechar nada, y tan pronto como llegó á Florencia se apresuró por obedecer al príncipe á llevar esta carta á su destino. Torrigiani la abrió y vió con la mayor sorpresa que contenia la órden de atar de pies y manos al Señor Francisco de Castres, arrojarle en una carreta y hacerle conducir inmediatamente fuera de las fronteras de Toscana, con prohibicion de volver á entrar en ella bajo pena de la vida. El chambelan, jamás se habia permitido discutir las órdenes del príncipe; hizo entrar á dos soldados, les entregó el cantante, que convenientemente sujetó de pies á cabeza, fué vuelto á conducir hasta las fronteras de los Estados Pontificios con permiso de marchar hácia ade-

lante cuanto quisiere; pero con prohibicion de volver jamás atrás. La orden era positiva, y produjo tal efecto sobre el pobre soprano, en quien el valor no era la cualidad esencial, que corrió de una tirada hasta Roma, donde murió algunos dias despues, á consecuencia de su miedo.

Aquí termina la historia política, pintoresca y escandalosa de Poggio á Cajano, que á la extincion de las ramas de los Médicis pasó como los otros bienes de la corona á la casa de Lorena.

Hoy pertenece á S. A. el gran duque Leopoldo, que lo habita al año uno ó dos meses y lo abandona, durante los demas, con su bondad ordinaria á la curiosidad de los estrangeros, que vienen á buscar en ella la huella de los diferentes sucesos que acabamos de referir.

## XIV

## QUARTO

Quarto no es ni un palacio ni un castillo, es simplemente una villa. Quarto no tiene ni antiguas tradiciones ni gótica leyenda. La celebridad de Quarto es contemporánea: sus recuerdos datan de la época actual. Quarto es la residencia del hermano de Napoleon, del principe Gerónimo de Montfort, del ex-rey de Westphalia.

Un dia Napoleon quiso castigar la Hesse, amenazar á Brunswick, separar para siempre jamás el Hannover de Inglaterra. Reunió esas tres provincias, compuso de ellas un reino, y llamando á su hermano mas jóven, que tenia entonces veinte y seis años apenas: